

graba secretamente de una invasion que le ayudaria á abatir la causa de Austria. Pero el papa Inocencio XI velaba por los destinos de la Europa, y fué el Urbano II del siglo xvii. Sus nuncios lograron hacer una alianza ofensiva y defensiva entre el emperador y el rey de Polonia, el heróico Juan Sobieski. Sobieski ya habia salvado dos veces su reino invadido por los Musulmanes; habia de salvar de nuevo á toda la cristiandad bajo los muros de Viena. El soberano pontífice dió á Sobieski esperanza de un casamiento entre su hijo Jacobo y una archiduquesa de Austria: le prometió hacer hereditaria en su casa la corona de Polonia; ¡gran pensamiento cuya realizacion hubiera quizás salvado á la Polonia! Inocencio XI mandó se hiciesen rogativas públicas en Roma por la victoria del ejército cristiano. Envió cien mil escudos al emperador y otros tantos al rey de Polonia. El pontificado salvó todavía una vez al mundo.

30. El ejército austríaco compuesto apenas de cuarenta mil combatientes estaba mandado por Carlos, duque de Lorena. Se habian encerrado dentro de los muros de Viena diez mil hombres de guarnicion á las órdenes del conde de Staremborg. Carlos de Lorena intentó en vano detener la marcha de los Turcos cuando se disponian á pasar el Raab. Los Austríacos, derrotados por los Otomanos, antes de haber podido juntarse con el ejército de Sobieski, se vieron obligados á replegarse sobre el Danubio por la parte de Viena. Los Turcos acamparon en fin bajo los muros de esta ciudad el 14 de julio de 1683. Su campamento cercaba enteramente á la ciudad. Kara-Mustafá le intimó la rendicion; pero Viena respondió con formidables descargas de artillería. El enemigo abrió trinchera, y los obuses haciendo retemblar y aun desplomarse los baluartes, destruyeron en pocos dias veinte conventos, muchas iglesias y número infinito de casas. Fueron entregados á las llamas por los Otomanos los monasterios exteriores, las iglesias y gran parte de los numerosos arrabales. Todas las campanas de Viena enmudecieron; solo tocaba una durante el sitio, la de San Estéban, llamada *Angstern* (agonía). Por orden del conde

de Staremborg, el vuelo general de todas las campanas de San Estéban dió la señal del combate el 6 de julio. El toque de alarma se mezcló con inmensos clamores de guerra en el seno de la poblacion vienesa. Fórmanse en batalla ciudadanos y estudiantes: hasta las mujeres se arman: los habitantes de la ciudad juran vencer ó morir. Ya no habia ni sueño ni descanso. Se pasaban los dias en batirse, y las noches en enterrar muertos y reparar los baluartes. Estos terribles combates duraban ya cuarenta y cinco dias. Ya se habian dado diez y ocho asaltos por los Turcos, y los sitiados habian hecho veinticuatro salidas. Habia sucumbido la mitad de la débil guarnicion de Viena. Por otra parte, el duque de Lorena no podia sin exponerse á una pérdida evidente atacar á los Musulmanes; pero estaba acampado detrás del monte de Cayemberg, esperando al rey de Polonia. El conde de Staremborg, casi desesperanzado, pudo hacer le llegase un billete que decia: « ¡No es posible aguardar mas! ¡Somos perdidos si no venís! » De repente se aperciben cohetes que se disparaban desde las alturas de Cayemberg, y que anunciaban la aparicion de Sobieski con sus veinte mil Polacos; con lo que se reanimaron los heróicos defensores de Viena. El rey de Polonia llegaba á marchas forzadas. A su paso, por todas partes se habian elevado arcos de triunfo con el lema de *Salvatorem expectamus*. Habia pasado el Danubio por un triple puente que el duque de Lorena habia echado con premura cerca de Tuln, é hizo su reunion con las fuerzas del duque y las de los príncipes electores de Baviera y de Sajonia. El mando de las tropas aliadas, que subian á setenta mil hombres, se entregó inmediatamente á Sobieski. Los soldados polacos iban mal vestidos y mal equipados. Algunos príncipes alemanes lo extrañaron: « Mirad bien á esos hombres, dijo el héroe. Son invencibles: han jurado no vestirse sino con los despojos de los enemigos. » Si estas palabras, dice un biógrafo, no vestian á los soldados del rey de Polonia, los armaban de corazas. La vista de Sobieski electrizó al ejército cristiano, que acogió al monarca polaco con la exclamacion mil veces repetida de ¡Viva el rey

Juan! A la alborada del 12 de setiembre de 1683, Sobieski y los principales caudillos del ejército fueron á una capilla del monte Leopoldberg. El nuncio de Inocencio XI, Marco de Aviano, celebró misa que ayudó el héroe polaco por sí mismo y con los brazos en cruz. A acabar la misa Sobieski mandó arrodillar á su hijo Jacobo al pié del altar y lo armó caballero: luego le mandó montar á caballo con espada en mano y seguirle á su lado. El jóven príncipe, que se mostró digno de este nombre en esta memorable jornada, obedeció con júbilo á su noble padre. Sobieski dispuso, no sin grandes obstáculos, su ejército en batalla sobre los montes que coronan á Viena. Dió el mando del ala derecha al gran hetman Jablonowski; el del ala izquierda al duque de Lorena; y él se quedó en el centro. Dió la señal; y de todas partes una formidable descarga de artillería vomitaba destrucción y muerte sobre los sitiadores. El cañoneo duró terrible y mortífero desde las diez de la mañana hasta la una de la tarde. En este momento, apercibió Sobieski largas filas de camellos que se iban hácia la Hungría. Era el enemigo que pensaba en su retirada. El rey de Polonia mandó al ejército que arremetiese con furor contra el enemigo al arma blanca. Los guerreros cristianos, con Sobieski á su frente, se precipitaron como un torrente sobre las tropas de Mustafá, y se trabó una espantosa pelea entre los combatientes. Se prolongó la lucha hasta las cinco de la tarde. Entonces se declaró completa la derrota de los Turcos, que se desbandaron y huyeron despavoridos. Por la noche no había sino veinte mil cadáveres otomanos ó tártaros que guardaban los muros de Viena. El rey de Polonia envió al papa estandartes quitados al enemigo con estas palabras de César, á las que el héroe dió un carácter de modestia cristiana: *Veni, vidi, Deus vicit*. « Vine, ví, y Dios venció. » Al día siguiente de la batalla, Sobieski hizo su entrada en Viena á caballo al frente de las tropas confederadas. El pueblo se precipitaba de rodillas á su paso derramando lágrimas de júbilo y llamándole su salvador: las mujeres tenían en sus brazos á los niños mostrándolos al héroe. Sobieski lloraba de

ternura: « Dios es quien todo lo ha hecho, decia al pueblo. » Vamos á dar gracias al Señor de las victorias. » Entró con el pueblo en la iglesia de los Agustinos, se arrodilló en la capilla de Loreto y él mismo entonó el *Te Deum*. En seguida subió al púlpito un sacerdote y predicó un discurso sobre la restauración de Viena, tomando por texto las palabras que Pio V de gloriosa memoria había aplicado á Don Juan de Austria después de la victoria de Lepanto: *Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes*, y todas las miradas se fijaron á la vez sobre Juan Sobieski. La restauración y libertad de Viena es uno de los acontecimientos mas grandes de la historia moderna: Inocencio XI, por medio de la espada del héroe polaco, acababa de echar lejos de la Europa cristiana al islamismo para siempre jamás. Por inspiración del glorioso pontífice se concluyó entonces una triple alianza entre el Austria, la Polonia y Venecia contra los Turcos, los cuales se vieron obligados á abandonar sucesivamente todas sus conquistas (1).

31. En tanto que así estaba luchando Inocencio XI contra los enemigos exteriores, su infatigable vigilancia perseguía en lo interior las herejías que amenazaban la paz de la Iglesia. Condenó el *Nuevo Testamento de Mons* y otras muchas obras jansenistas que salieron entonces. Anatemizó igualmente sesenta y cinco proposiciones sacadas de los modernos casuistas, y por bula del 19 de noviembre de 1687 confirmó el decreto dado por la Inquisición de España contra la persona y escritos de Molinos, autor de una obra titulada: *Guia espiritual*, etc. Molinos había imaginado un sistema de *quietud* y de contemplación tan absurdo como peligroso, lo que hizo llamar á sus partidarios *quietistas*. Esta herejía hacia consistir la perfección cristiana en un estado en que el hombre no raciocina ya sobre sus acciones, y se está en completa inercia; en inacción entera. « El hombre perfecto, dice Molinos, no reflexiona ni » sobre Dios ni sobre sí mismo; no desea el cielo, ni teme el

(1) Para la historia del sitio de Viena y la guerra contra la Turquía, véase la *Historia de Constantinopla* por Bautista Poujoulat, de quien hemos tomado los detalles de este interesante episodio.

» infierno; y se identifica de tal modo con la voluntad de Dios,
 » que nada le acongoja, ni los malos pensamientos, ni las
 » blasfemias, ni la incredulidad, ni, en una palabra, ninguna
 » de las tentaciones á que sucumbe: muy al contrario son, á
 » su modo de pensar, otros tantos medios de que Dios se vale
 » para purificar el alma. Cuando queda ya purificada, cuando
 » está íntimamente unida á Dios por el estado perfecto de la
 » oracion de *quietud*, ya no da cuenta á Dios de las *acciones*
 » mas criminales, no participa ya de lo que esté pasando en
 » esa casa de carne: la fornicacion, el adulterio, hasta la
 » misma desesperacion, pecados horribles para los que no han
 » llegado á la *quietud*, vienen á ser como actos indiferentes
 » para los verdaderos contemplativos que no contraen ya
 » mancha alguna de aquellos.» — Molinos hizo abjuracion de
 sus errores en hábito de penitente, en presencia de toda la
 corte y pueblo de Roma. Veremos mas tarde como sus errores
 sedujeron á uno de los mayores ingenios de los tiempos mo-
 dernos, que expió su ilusion con el mas noble ejemplo de su-
 mision á la Santa Sede.

32. Este fué el último acto del trabajoso pontificado de Inocencio XI. Este gran papa murió, lleno de años y de méritos, el 12 de agosto de 1689, despues de haber reinado trece años. El pueblo le invocó como santo y se disputó sus reliquias.

§ III. PONTIFICADO DE ALEJANDRO VIII (6 de octubre de 1689-1.º de febrero de 1691).

33. El cardenal Ottoboni, de edad de setenta y nueve años, fué dado por sucesor á Inocencio XI y tomó el nombre de Alejandro VIII. La ancianidad no habia destruido las fuerzas al nuevo papa: se conocia su prudencia rara, su perspicacia, su gran conocimiento de los negocios, la mansedumbre y moderacion de su carácter, que sabia unir á una firmeza prudente y razonable. Luis XIV creyó que le seria fácil concluir á su provecho las discusiones ocurridas entre la Francia y la Santa Sede. Se apresuró á renunciar por medio de la Santa Sede al derecho de *Franquicias*, que tantas borrascas habia promo-

vido. El duque de Chaulnes, enviado de Francia cerca de la Santa Sede, firmó esta supresion en nombre de su amo, y el monarca devolvió, en 1690, Aviñon y el condado Venesino al papa. Por su lado, el pontífice concedió al rey de Francia el derecho de nombrar los obispos de Metz, Toul, Verdun, Arras y Perpiñan, derecho no comprendido en el concordato de Leon X y Francisco I.

34. Pero estas concesiones no podian dar paz definitiva mientras no renunciase el rey á extender la *Regalia* en Francia, y cesase de mantener como ley del Estado la Declaracion de 1682. Alejandro VIII hizo vanos esfuerzos para determinarle á ello. Desde entonces comenzó á redactar su famosa bula *Inter multiplices*, que es la obra mas importante de su pontificado. « Constituido por el Señor, dice el papa, defensor » de los derechos eclesiásticos, reflexionando dia y noche sobre » los deberes de nuestro cargo, con amargura de corazon he- » mos elevado nuestras manos al Señor, y le hemos suplicado, » llorosos, nos ayude con su omnipotente gracia y nos haga » llenar dignamente el ministerio apostólico que nos ha sido » cometido. En consecuencia, oidos gran número de nuestros » venerables hermanos, los cardenales de la santa Iglesia romana; recibidas por Nos las deliberaciones de muchos doctores en teología y derecho canónico, que, especialmente » designados por Nos para examinar este punto, lo han examinado con toda la atencion posible, marchando por las » huellas de Inocencio XI, nuestro antecesor de feliz memoria, que ha *desaprobado, anulado y cancelado* todo cuanto se » ha hecho en la asamblea del clero de Francia en el asunto de » la Regalia, *con todo lo que de ello ha resultado*; queriendo » Nos, además, que se miren como muy especificados aquí los » actos de la asamblea de 1682, tanto en lo concerniente á la » *Regalia*, como en lo tocante á la *Declaracion sobre la autoridad eclesiástica*, así como todos los mandatos, decretos y » edictos relativos á esto, Nos declaramos, despues de madura » deliberacion y en virtud de la plenitud de la autoridad apostólica, que *todas las cosas*, y cada una de las *que han sido*